

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



ORQUÍDERA, LA MODELO

POR

N.º 106 ALICE JOYCE, WARNER BAXTER,
SAZU PITTS, ETC.

30 cts.

CRUZE, James



La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año III

N.º 106

Orquídea, la modelo

(MANNEQUIN, 1926)

Interesante novela, interpretada por las celebradas artistas

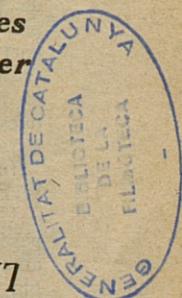
**Alice Joyce, Sazu Pitts, Dolores
Costello, y el conocido galán Warner
Baxter, entre otros.**

WALTER PIDGEON

Es una Película **PARAMOUNT**

Distribuida por

SELECCINE, S. A.



Orquidea, la modelo

Argumento de la película

En 1907, antes de que la posición social se midiese, como ahora, por el número de automóviles que la gente de distinción posee, la mayor ambición de los padres jóvenes era que sus bebés paseasen por el parque en sus cochecitos conducidos por la correspondiente niñera.

Elena Herrick ansiaba tener una niñera, pero se lo impedía su pasión por colecciónar antigüedades, pues los ingresos de su marido no daban para satisfacer ambos gustos.

Juan Herrick, joven abogado y marido de Elena, vivía feliz con su mujer y su hija Juanita.

Una pobre muchacha huérfana, Anita Pogany, paseaba muchas mañanas por el parque, deteniéndose ante los cochecitos de los niños. Certo día se había quedado parada admirando un precioso bebé que dormía en el mullido lecho de un pequeño cajruaje.

La niñera que atendía al chiquillo, separó el coche con gesto autoritario y violento.

Anita suplicó:

—No tenga miedo, que no le voy a hacer nada...

Me gustan mucho los niños. Y quisiera encontrar un empleo de niñera...

—Difícil le será a usted si no tiene buenas referencias...

—Oh, vea usted mi certificado!... Es donde yo me ediqué... una escuela para huérfanas y niñas abandonadas que quieren aprender un oficio...

La niñera pasó los ojos por el papel, y se lo devolvió diciendo:

—Así será, pero a mí no me convence.

—Pues ¿qué tengo que hacer para encontrar trabajo?

—Porque no prueba en la agencia de Bloomberg? Allí no se molestan mucho en pedir informes...

Anita prometió seguir el consejo. Poco después se personaba en la Agencia donde la inscribieron por si se presentaba algo. Y con una vaga esperanza, la joven volvió a su bohardilla.

Aquella noche, el abogado Juan Herrick se vió nuevamente sorprendido al regresar a casa por la adquisición de otras dos antigüedades.

—Por lo visto, has estado otra vez en una subasta... — dijo a Elena, malhumorado.

—Sí... ¿No te gustan? — Verdad que son bonitos! ¡Son dos Budas antiguos!

—Muy bonitos!... Pero si continúas derrochando dinero en estos trastos viejos, no tendremos jamás un centavo.

—Juan, ¿por qué te pones así? — No ves que lo hago para que Juanita se acostumbre a vivir rodeada de cosas bonitas?

El abogado sonrió. ¡Siempre su mujer acababa venciéndole!

—Menos mal que ahora podremos disponer de algún dinero... — dijo —. El señor Johnston me ha nombrado abogado suyo.

—¡Qué alegría!... Ahora tomaremos una niñera para Juanita, ¿verdad?

Era su constante preocupación, tener aquel lujo que hasta entonces había considerado imposible.

El marido, aunque enemigo de todo gasto supérfluo, respondió:

—Si tanto empeño tienes, tómala...

—¡Ya lo creo!... ¡Es mi ilusión!

Llamó a la Agencia de colocaciones Bloomberg para que al día siguiente le enviaran una niñera. Y pasó aquella noche cosiendo el uniforme que debía llevar la encargada de la niña.

A la otra mañana, Herrick, viéndole coser el vestido, dijo admirado:

—¿Pero es posible que te hayas pasado toda la noche cosiendo para hacerle el uniforme a la niñera?

—Sí... ¿qué quieres? ¡Era mi gusto!

Tomaron el desayuno. Sonó el timbre de la puerta y Elena se apresuró a abrir. Era una mujer alta, flacucha, con un gesto de preocupación y melancolía...

—Me envían de la Agencia de Bloomberg. Desearía ocupar la plaza de niñera... Me llamo Anita Pogany.

Elena, en su afán de adquirir aquel elemento de lujo, sin pedir informes, la aceptó en el acto.

—Bien... bien... vístase en seguida con el uniforme... Saldrá a dar un paseo con la niña...

Herrick contempló a Anita con extrañeza y lástima.

—¿De dónde has sacado a esa idiota? —dijo en voz baja a su mujer, mientras Anita acariciaba y besaba a la niña.

—¡Cállate!... ¡Parece buena!

—No sé!... No acaba de chocarme...

Anita, pobre huérfana, arruinada por las miserias de la vida, parecía deslumbrada ante el cargo que

acababan de darle. Besaba a Juanita con devoción en que había algo de maternal...

Anita metió la niña en el coche. Iba a marchar al parque, a tomar el buen sol de la mañana de primavera...

Vió una flor en un pequeño tiesto y se acercó a olerla, con puerilidad infantil.

—Anita, no vuelva a tocar esta flor... —le dijo, severamente, la señora.

—Usted perdone...

—Es una orquídea... Es flor de invernadero, pero yo he conseguido cultivarla en esta maceta...

—Es una flor tan bonita como Juanita...

La niñera gozó aquella mañana en el parque, pudiendo presentarse vestida con amplia capa, como las niñeras de casa grande. Pasó ante la mujer que el día anterior le había mirado con desdén. ¡Eh!... ¿qué le parecía?

La señora Herrick, aquella mañana, había vuelto a su lugar favorito: el mercado de subastas. Sentía hacia las cosas antiguas e inútiles el placer de un coleccionista. Hubiera querido llenar la casa de mil cachivaches envejecidos por el tiempo.

—Señora Herrick —le dijo el dueño del comercio—, todavía tenemos aquel mantón legítimo de Ming que a usted le gustó tanto. ¿Quiere usted que lo subastemos?

Le enseñó la prenda, tejido de seda china. Elena la acarició, sintiendo en sus dedos la tersura suave y aterciopelada del mantón.

—Sí... me lo quedaré si no piden mucho...

Otros clientes querían adquirirlo también. Setenta y cinco dólares... ochenta y cinco... noventa... Pero la voz de Elena, deseosa de quedarse con él, hizo acallar todos los gritos...

—Cien dólares... soy cien dólares por el mantón.

—Dan cien dólares. ¿Quién da más?

Y como nadie contestara, fué adjudicado el man-

tón a la señora Herrick. El comerciante se lo envolvió en un papel...

—Le entregaré a usted veinticinco dólares ahora, y, en cuanto llegue a casa, le mandaré un cheque por el resto — advirtió Elena.

—¡Como usted desee!

Una de las asiduas concurrentes a la subasta le dijo:

—Ha hecho usted una verdadera ganga, señora... Elena, sonriendo, contestó, recordando el gesto duro de su esposo:

—¡Ojalá sea mi marido de la misma opinión!... Tengo miedo de que me regañe...

Con la valiosa prenda, regresó Elena a su casa. Estaba alegre como nunca. Acarició a Juanita y tuvo amables sonrisas para la niñera.

Poco después llegaba el abogado.

—¡Qué barbaridad! — exclamó —. Me he pasado la mañana escribiendo, sin levantar la cabeza. ¡Estoy rendido!

Pero Elena le dijo dulcemente:

—Oye, Juan... hoy he comprado una ganga...

—¿Otra vez? ¿No serías más sincera diciendo que has hecho algún gasto innecesario?

—¡No, no, te quedarás deslumbrado! ¡Es cosa buena!...

—Dime qué has comprado... — repuso el joven con resignación.

—¡Una verdadera ganga!... ¡Un mantón legítimo de Ming!... Y sólo me ha costado cien dólares. Y le enseñó el mantón. El marido contempló la prenda. ¡Cien dólares! ¡Horror!

—He tenido que disponer del dinero que teníamos reservado para pagar el alquiler de la casa — siguió diciendo Elena —. ¿Verdad que no te enfadas?

—Pero esta vez la indignación de Juan estalló como una bomba.

—¿Te has atrevido a disponer de ese dinero para comprar un pingo? ¡Desdichada!

—¿Por qué dices eso, Juan?

—¡Para reunir esos cien dólares he tenido que trabajar como un esclavo, y tú los malgastas en este trapo viejo!...

—¡Me ofendes!... ¡Hasta en la tienda me dijeron que era una ganga!

—¡Cállate! ¡Sería capaz de pegarte! ¡No sé como no te restriego el mantón por la cara!...

Ella empezó a llorar. ¡No había para tanto! ¿Es que no adornaban el hogar?

—¡Acabarás por arruinarme — siguió diciendo él —; por aplastar mis esperanzas para el porvenir! ¡Eres una loca!

—¿Cómo te atreves...? — gritó Elena, ofendida.

—¿Cómo te atreves tú a pasarte la vida de subasta en subasta, descuidando la casa?

—¿Yo...?

—¡Y abandonando la niña en manos de una niñera idiota! ¡No es posible fiarse de ti! ¡De hoy en adelante seré yo quien lleve la casa!

Pero Elena estaba demasiado ofendida para considerar la razón de las palabras del marido.

—Perfectamente — respondió —. Si no te parece bien cómo cuido a la niña, cúídala tú mismo... Siquieres una niñera mejor que la que tenemos, búscalas... ¡Lleva la casa y verás el gusto que da!... ¡Yo me marcho con mi madre!...

—¡Vete con Dios, mujer! — exclamó él, desesperado. Así podrá convertir este almacén de antigüedades en un verdadero hogar...

Elena, en un santiamén se vistió y, después de besar a su hija, salió del piso. Iría a contar en el regazo de la madre — consoladora eterna — el dolor de su existencia de casada.

Herrick marchó también. Anita, acariciando a la pequeña que reposaba tranquilamente, murmuró:

—¡Pobrecita! Si te quisiesen de veras no se pelearían de esa manera... La única que te quiere soy yo, monina...

Y reclinándola en el cochecito se dispuso a dar un paseo por el parque. Maquinalmente, envolvió los pies de Juanita en el mantón de Ming, origen de la discordia.

El parque, a aquella hora de la tarde estaba casi desierto. Sólo algunos jinetes y amazonas trotaban por la fina pista central.

Una idea tenaz comenzó a invadir a Anita.

—¡Sólo Anita te quiere... y vas a ser suya! —decía.

La idea fué avanzando hasta convertirse en algo real y poderoso. Anita, medio idiotizada por una existencia de miseria, era tan inconsciente que efectuaría el mal sin darse cuenta de sus consecuencias. Monomaníatica, comenzó a pensar que los Herrick no querían a su hija...

—Unicamente yo la quiero...

Luego, de repente, como iluminada por un pensamiento infernal, se dijo:

—Si dentro de un minuto pasa un caballo blanco, te llevaré conmigo...

Y miró, atemorizada, esclava estúpida del destino. Pasaron unos caballeros y amazonas montando negros caballos. Ya perdía las esperanzas, cuando vió aparecer una elegante joven sobre una yegua blanca...

—¡Oh! — murmuró—. ¡Es el destino! ¡Serás mía, Juanita... serás mía!

Y alzando a la niña, ocultó el coche entre el follaje del parque, huyendo con la preciosa carga.

Anita se dispuso a vivir siempre con la pequeña. Pero era necesario cambiar su nombre para no inspirar sospechas. No pensaba en el dolor de los padres; quería satisfacer su egoísmo de solitaria.

Un bote de conservas, caido al suelo, que llevaba el nombre de Sargossa, le dió la solución para el apellido.

—¡La llamaré Juanita Sargossa!...

Sus ojos fríos y claros se fijaron en una maceta de un cercano balcón.

—¡La orquídea! — se dijo—. La flor tan bonita como la nena... Ya está... ya está... ¡La llamaré Orquídea Sargossa!...

Y acariciando a la pequeña que lloraba, le dijo con una sencillez dramática.

—Anita te bautiza y te pone por nombre Orquídea Sargossa...

De este modo se apropiaba la hija de unos padres que permanecían aún en la ignorancia del delito.

Elena Herrick, tres días después, sintió la necesidad de regresar al lado de su marido. El la perdonaría, seguramente...

—¡Madre mía! ¡Es inútil! Tengo que ahogar mi amor propio y volver con mi marido... Me vuelvo con Juan y con mi hija...

Y al subir las escaleras de la casa, parecía que la vida volvía a acariciarla con manos de felicidad.

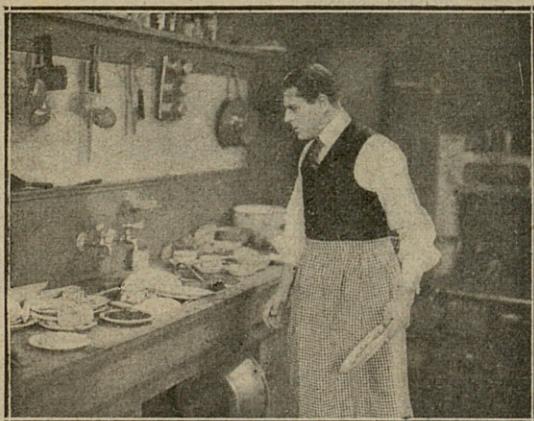
Juan Herrick, el marido, había pasado los tres días peores de su existencia. Era demasiado orgulloso para llamar de nuevo a su mujer... Lo único que le disgustaba era que se hubiese llevado a la niña. La ausencia de la pequeña y de Anita la atribuyó lógicamente a que se hubieran ido con Elena.

La cocina de los Herrick daba risa y compasión. Se amontonaba toda la vajilla que Juan había ido usando durante aquellos días de soledad. Pero como todas las cosas tienen término, el abogado observó que los platos limpios se habían agotado y que era necesario ponerse a limpiar la vajilla, haciéndole la competencia a cualquier fregatriz.

El joven comenzó la encantadora tarea de lavar

los platos... Mientras efectuaba esta pesada faena, fué cuando conoció la necesidad imprescindible de una mujer.

Entretanto, Elena había llegado al piso. Entró



La cocina de Herrick daba risa y compasión. Se amontonaba toda la vajilla que Juan había ido usando durante aquellos días de soledad.

a la cocina y encontró a su marido en pleno conflicto culinario. Sintió lástima de él, y le llamó con voz dulce:

—¡Juan... Juan! ¡No me era posible vivir separada de ti! ¿Verdad que no volveremos a separarnos jamás?

—¡Elena! ¡Gracias a Dios!

En dos palabras se lo habían dicho todo. Se abra-

zaron entre risas y lágrimas, jurando no volver nunca a repetir aquella tontería.

—¿Y dónde está la niña? ¿Ha sido buena? —dijo la madre, deseosa de acariciar al amor de sus amores.

—Pero, ¿no te la llevaste tú? Yo creí que Anita y la niña estaban contigo...

—Yo? Me marché sola... ¡Ay, mi niña! ¿Dónde está?

Corrió por las habitaciones buscando en vano a la hija de su corazón. Juan estaba desesperado. Indudablemente aquella maldita niñera la había secuestrado.

—La idiota esa... habrá robado a Juanita...

—¡Ay, mi hija!...

Y rendida de emoción, cayó desvanecida... Lentamente volvió en sí...

—Nos han robado a Juanita... Demos parte a la policía, en el acto. ¿Qué va a ser de nosotros sin ella? —decía sollozando.

—¡No te apures! ¡La encontraremos!

Y con el corazón angustiado, dieron parte a la policía. Sucediérone los días... las semanas... y Juanita no apareció.

*

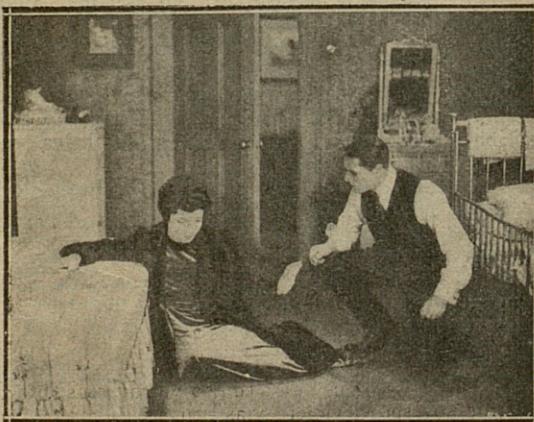
Pasaron quince años. Los Herrick tuvieron que resignarse a considerar como perdida para siempre a su Juanita.

Juanita se había convertido en una espléndida muchacha, conocida por Orquídea Sargossa. Vivía con Anita, a la que consideraba su madre, mujer que había ido poco a poco cayendo en la pendiente de la corrupción.

El único punto luminoso en la vida diaria de Orquídea, era el colegio gratuito para muchachas pobres que visitaba. Allí, leyendo y estudiando, su al-

ma sentía el anhelo de ser algo, de alejarse del sucio ambiente que la rodeaba.

Un día, al regresar a casa, tuvo un mal encuentro. Frecuentaba el hogar, manteniendo relaciones



—Nos han robado a Juanita. ¿Qué va a ser de nosotros sin ella?

con Anita, un mal hombre de los barrios bajos, un sujeto del hampa, borracho casi siempre y que proporcionaba alcohol a la mujer.

Cuando Orquídea entró, Anita estaba dormida profundamente. El hombre la miró con deseo y dijo:
—¡Acércate, Orquídea!... Me gustas más que tu madre.

Y cogiéndola brutalmente, quiso estrecharla contra él. Pero Orquídea, sintiendo una infinita repug-

nancia por aquel bárbaro, le mordió en uno de sus carnosos brazos.

El hombre, loco de dolor, la soltó, y Orquídea huyó desesperada hacia el colegio.

—¡Anda, despierta y vámónos! — dijo el borracho a Anita. — ¡Esa maldita chiquilla es capaz de haber ido a llamar a la policía!

La mujer despertó, y azorada por el anuncio de la policía — la temía como todas las gentes alejadas de la vida legal —, huyó con su compañero.

Orquídea se presentó llorosa a la directora del colegio.

—¿Qué te ocurre, niña?

—Si usted supiera, señora! ¡Aquel mal hombre que vive con mi madre! ¡No quiero que me ponga las manos encima!

La maestra comprendió el drama de aquella inocencia en peligro.

—¡Pobrecita! — le respondió —. Lo que tú necesitas es una familia decente. Te quedarás aquí hasta que encontremos un buen hogar para ti...

Y en la casa noble encontró verdaderos brazos amantes. Después, vinieron las primeras luchas, siempre bajo la guía y amparo de la benéfica institución. El progreso fué lento y frecuentes los cambios de empleo, pero, al fin, encontramos a Orquídea de maniquí viviente en el establecimiento de modas de Drecote.

Su entrada fué algo triunfal. El modisto estaba encantado con la muchacha, de tan elegante distinción. Ello provocaba las envidias de las compañeras.

—¿Qué me dices de la nueva modelo? — preguntó otro maniquí a su amiga.

—Para haber salido de una bohardilla, es bastante presumida.

—Vamos a invitarla.

Se acercaron a Orquídea.

—¿Quiere venir a cenar con nosotras esta noche? Vamos a tener una fiestecita.

—No, gracias, no — contestó, fríamente. Esta negativa las ofendió.

—Aunque somos muy poca cosa al lado de usted, bien podría aceptar nuestra invitación.

—Tiene que ser un poco menos fría si quiere hacerse simpática a la gente.

—¡Oh, no lo tomen a mal! Es mi carácter.

Drecote, el dueño de la casa de modas, recibía en aquel momento la visita de Martín Innesbrock, joven redactor del "Morning Mail".

—¡Hola, Drecote! ¿Están muy ocupadas sus modelos?

—No mucho...

—Mi periódico me ha encargado un artículo sobre las modas y creo que podría hacer algo interesante, tratando el asunto desde el punto de vista de las modelos. ¿Me permite usted tener una entrevista con alguna de ellas?

—Voy a presentarle a usted a Orquídea Sargossa.

—No la conozco...

—Es nueva en la casa. Creo que procede de las bohardillas del barrio del Este... Pero es la mejor adquisición que he hecho esta temporada...

Drecote y el periodista entraron en el departamento donde se arreglaban las modelos.

Todas se acercaron al muchacho, deseando ser invitadas por él. Pero Drecote le presentó a Orquídea, la elegida.

Al estrechar sus manos, Orquídea y Martín se sintieron ligados por una repentina simpatía... Y ella, tan quieta, tan retraída, tan parca, comenzó a hablar cautivada por las palabras del joven.

Las otras rabiaban de envidia.

—¡Parece que a Martín le gusta la presumida esa! ¡Pues no se va a poner poco tonta la niña!

Después de conversar algún tiempo en voz baja,

pero animada y cordial, el periodista se despidió de su nueva amiga.

Las modelos, llenas de curiosidad, se acercaron a Orquídea:



—Pues... me ha preguntado si quería cenar con él todas las noches, esta semana.

—¿De qué le ha hablado? ¿Qué le ha preguntado?

—Pues... me ha preguntado si quería cenar con él todas las noches, esta semana.

Fruncieron las dos modelos el ceño. ¡Vaya suerte!

—Bueno. ¿Lo dice en serio, o es un pretexto para no cenar con nosotras?

Orquídea sonrió.

—Para que vean que no me niego a reunirme con ustedes, les invito a cenar en mi casa el sábado...

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Lo que nos vamos a divertir!

Porque aquella, indiscutiblemente, sería una noche de juerga.

Durante aquellos días, Orquídea y el periodista intimaron mucho. Se sentían atraídos por la comunidad de gustos y sentimientos.

Y llegó el sábado por la noche. Martín, invitado a la cena que daba Orquídea, había ido una hora antes a casa de la modelo.

—No hay duda de que tiene usted muy buen gusto — dijo, admirando la habitación —. Esto es precioso, Orquídea... Parece antiguo — agregó, señalando un sillón —. ¿Le ha costado a usted mucho?

—No mucho — dijo ella, riendo —. Ando siempre a la caza de gangas...

Revivió en ella la misma pasión de su madre por las antigüedades.

Martín, contemplando a Orquídea, suspiró y dijo:

—Estaba pensando en lo que yo le pediría a usted si mi tío Max me hiciese jefe de redacción y me diese un sueldo con el cual pudiesen vivir dos personas.

Ella calló, ruborosa.

—Pero mi tío ni siquiera se digna escucharme... ~~Yo~~ seguramente de que, si no fuese sobrino suyo, podría hacer carrera en el periódico de mi tío con mucha más facilidad...

—Quizá si usted encontrara algo nuevo para interesar a los lectores...

Entraron. Orquídea, distraída, hojeó un periódico y leyó esta noticia que le impresionó:

La esposa de Roger Williams absuelta por el Jurado.

Esta tarde el Jurado ha pronunciado un veredicto de inocubilidad en el caso de la esposa de Roger Williams, a la que se acusaba de parricidio.

La leyó de nuevo, en alta voz, y comentó:

—¿Cómo es posible que la hayan absuelto habiendo confesado, según dicen, que había dado muerte a su esposo?

—Es cierto... — respondió Martín —. Pero en estos tiempos parece que una mujer, si es joven y hermosa, puede matar impunemente.

—Ahí tiene usted una excelente oportunidad para escribir un vibrante artículo, pidiendo justicia igual para todos, sin distinción del sexo — dijo Orquídea, sonriente.

—¡No estaría mal!...

—¡Hágalo! Ya que las mujeres piden igualdad de derechos, es lógico pedir también para ellas igualdad de justicia.

El tema que le brindaba Orquídea le agració tanto, que tomó una determinación:

—¡Orquídea! Me ha dado usted una idea magnífica que puede apasionar a la opinión. ¿Verdad que no se molestará usted si no me quedo a su cena? Quiero hablar con mi tío esta misma noche acerca del asunto.

—Siento que se vaya, pero no quiero quitarle sus preciosos minutos...

—Orquídea, yo deseo hacer algo importante... Yo necesito ganar dinero para... ¿Lo adivina usted?

La modelo le miró con ojos de amor, de ~~que~~ enamorada.

—¡Ay, Martín, Martín!

—Adiós, Orquídea!

Pero al abrir la puerta, no pudo contener sus ~~que~~ pulsos, y ya que no se había atrevido a formular una declaración amorosa, besó apasionadamente los labios de Orquídea, acto que valía más que todas las palabras de amor.

Ella quedó sola, ligeramente turbada, y se sintió feliz... Soñó... pero sus sueños se vieron rotos por un alboroto de voces y risas que subían por la escalera.

Eran Mary y Odette, las dos modelos amigas, pero acompañadas de tres elegantes pollos, acostumbrados, como ellas, a las noches de juerga y de vino.



...besó apasionadamente los labios de Orquídea.

—Aquí estamos, Orquídea... Se prepara la gran noche... Hemos traído vino en abundancia... Verás como vamos a divertirnos... — dijo Odette, riendo.

La muchacha les miraba aturdida, lamentando haber invitado a aquellas alborotadoras chicuelas que llevaban, además, una compañía desagradable.

—Orquídea — dijo Mary —, hemos traído un no-

vío para cada una... Te presento a Terry Allen... tu adorador de esta noche... Le hemos hecho venir porque donde él está, siempre hay alegría...

El tal Terry era un pollo de cuidado, habituado a las francachelas nocturnas, al buen vino y a las buenas mujeres.

—¡Admirable! ¡Buena novia me habéis dado! — dijo el joven —. ¡Una verdadera preciosidad!

La levantó en alto, paseándola a guisa de triunfal bandera por la habitación.

—¡Déjeme... déjeme! — protestaba Orquídea.

—¿Es que no te gusta? No seas arisca, niña... yo seré bueno para ti si me besas...

Las otras modelos, abrazadas a sus novios, reían. ¡Vaya con el miedo de Orquídea! ¿Por qué protestaba? Allí todo el mundo era persona decente... pero que quería divertirse... ¡A beber, a olvidar las penas!

Orquídea, entristecida por el cariz que tomaba todo aquello, se dispuso a servir la cena con ánimo e terminar pronto.

La comida y el vino acabaron por trastornar a los jóvenes. Mary, Odette y sus amigos reían y se perseguían por el cuarto, con la risa nerviosa que produce la embriaguez, en sus principios.

Terry, abotargado por el vino, sentó sobre sus rodillas a Orquídea y pretendió besarla...

—¡No seas así, preciosa! ¿No comprendes que te quiero?

—¡Oh, no me toque usted!

Apartó sus manos, y presa de rabia comenzó a pegarle rabiosamente en el pecho, luchando por desprenderse del galán.

Terry, estúpidamente reía... Y sus risas se apagaban entre el griterío de los compañeros que celebraban los efectos alegres del vino.

Pero abrióse bruscamente la puerta y apareció

la figura severa de la dueña de la pensión que habitaba Orquídea.

—Pero... ¿qué se han creído ustedes que es esta casa? ¡Si no se marchan ahora mismo de aquí, llamo



—Pero, ¿qué se han creido ustedes que es esta casa? ¡Si no se marchan ahora mismo de aquí, llamo a la policía!

a la policía! — gritó, indignada por el espectáculo. Orquídea se levantó avergonzada.

—Sí, sí; márchense ustedes — dijo.

—Salgan inmediatamente — añadió la patrona—. ¡Esto es vergonzoso!

Las modelos y sus amigos se resignaron a salir de la casa. ¡Ahora que comenzaban a animarse!

Ya en la puerta, Terry dijo con ronca voz:

—Nos veremos luego, Orquídea...

Ella hizo una mueca de desprecio. ¡Nunca más volvería a recibirlas!

Cuando todos desaparecieron, la patrona comunicó a Orquídea:

—Para fin de mes, quiero que desocupe usted la habitación. ¡Semejantes escándalos!...

—Está bien, señora...

—¿Qué había hecho? ¿Por quién iban a tomarla en lo sucesivo? El timbre del teléfono la distrajo de sus meditaciones.

La llamaba Martín, el periodista.

—No he podido hablar con mi tío Max, estaba reunido en Junta.... Le veré mañana. Pero he escrito ya mi primer artículo... ¿Quiere que se lo lea?

¡Simpático Martín! Escuchando su voz, Orquídea lo olvidó todo...

—Sí, sí; lea usted...

—Pues allá va.

JUSTICIA IGUAL PARA AMBOS SEXOS

Ha llegado la hora de conceder a la mujer iguales derechos que al hombre, tanto en la política como en todos los órdenes de la vida. Hay que abolir las diferencias de sexo, comenzando por la diferencia en la aplicación de la justicia. A la mujer que comete un crimen hay que aplicarle la misma penalidad que a un individuo del sexo contrario.

Esta temporada la mujer homicida se presenta ante sus jueces con un traje de última moda confeccionado por Drecote, con la falda hasta la rodilla, medias de seda, zapatos de raso y una sonrisa en los labios.

—Eh, ¿qué le parece?

—Me gusta mucho, Martín. ¡Ha acertado usted!

—¡Ojalá mi tío sea de la misma opinión! Hasta mañana, Orquídea... Pasaré a verla en casa Drecote...

—No falte.

Colgó el aparato. ¡Cuánto le agradaba a ella el periodista! ¿No parecían nacidos el uno para el otro?

**

Al siguiente día, Drecote ofrecía a la elegancia neoyorquina la última palabra de la moda, portentosas creaciones que las damas se apresuraban a adquirir.

Las modelos desfilaban ante la concurrencia, visitando originales "toilettes". Orquídea estaba encantadora con su traje blanco, preciosa combinación de bordado y tul. ¡Una maravilla!... Un alfiler de brillantes sostenía una gran lazada en el costado...

Martín Innesbrock, que había presenciado entusiasmado la exhibición, se acercó a Orquídea para decirla:

—Voy a la fiesta que ofrecen los esposos Herrick, pero antes quiero decirle a usted que, al fin, mi tío me ha concedido aumento de sueldo y está entusiasmado con mi artículo...

Ella le felicitó, llenándose a su vez de contento...

Martín contempló arrobase el lindo vestido de Orquídea, y añadió:

—Es una verdadera lástima que no pueda usted lucir ese traje tan precioso en la fiesta de los Herrick... Me dan ganas de raptarla vestida así... y llevármela conmigo.

—¿Por qué no lo hace? — dijo el modisto Drecote que escuchaba la conversación —. Sería un anuncio espléndido para mí... Tome mi auto y llévesela...

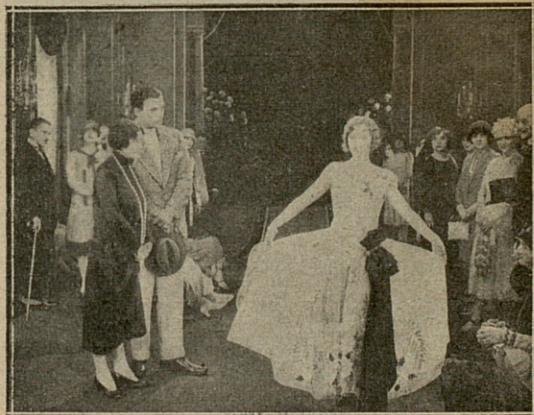
—Pues en seguida... ¡Orquídea... vamos a la fiesta!...

Y la modelo, con el ansia de seguir luciendo aquejbello vestido, marchó con Martín...

Los jardines de los Herrick aparecían llenos de invitados. La vida, con sus hilos misteriosos e invi-

sibles que acercan y separan a las personas, llevaba a Orquídea al propio hogar de sus padres.

Herrick era actualmente juez de distrito... No habían podido olvidar la desaparición de aquella Ju-



Orquídea estaba encantada con su traje blanco.

nita pequeña, pero guardaban su dolor en el corazón. ¡La gente no tolera las tristezas que duran demasiado!

Ya en el jardín, Orquídea sintió miedo.

—Me da vergüenza presentarme delante de gente tan distinguida... — dijo a Martín.

—Ahora ya es tarde — respondió él —. Venga, que la presentaré a los dueños de la casa...

Se dirigieron hacia la terraza donde los Herrick recibían a sus invitados.

Un joven fué al encuentro de Orquídea... Era Terry, el pollo de la noche anterior.

—¿Cómo va, chiquilla?... ¡Qué sorpresa!...

Ella apenas le saludó, avergonzada... ¡Aquel muchacho allí!

Martín presentó a los Herrick la muchacha; ellos atendieron con fina amabilidad, con exquisita simpatía...

Elena, la esposa del juez, se sintió misteriosamente atraída por aquella criatura tímida. Le enseñó la casa.

La modelo se acercó para oler unas flores.

—¡Oh! ¿Orquídeas? — dijo ella —. Son las flores que más me gustan. Tengo verdadera pasión por ellas.

—A su madre de usted le gustarían mucho las orquídeas cuando le puso a usted ese nombre.

El recuerdo de la madre pareció entristecerla. No quería acordarse del dolor de su hogar infame.

—¿Murió su madre? — le preguntó Elena, interesada.

—No lo sé...

La señora Herrick no quiso averiguar nada más... Algun misterio rodeaba el pasado de esa criatura.

Orquídea, alegramente, preguntó, ante una puerta cerrada:

—¿Qué hay detrás de esta puerta?

—Nada... está deshabitado... — dijo el juez.

—Quiero que usted lo vea — añadió Elena, abriendola de par en par —. Es la habitación más soleada de la casa... ¡Vacía... bañada siempre por el sol, pero vacía... y esperando... esperando siempre!...

Orquídea no adivinó la pena que transparentaban las palabras de aquella madre...

Salieron de nuevo a la terraza. Acercóse Martín para despedirse.

—Mi tío quiere que esta noche salga como editorial mi primer artículo acerca de la justicia igual para ambos sexos, y tengo que ir a la redacción para corregir las pruebas...

—Puede usted irse, pero no se lleve a Orquídea — dijo la señora Herrick.

Habían simpatizado tanto con la joven, que Mar-



—Yo me encargo de acompañar a la señorita Sargossa a su casa.

tín se resignó a dejarla allí. ¡Estaba por otra parte en tan buenas manos!

Una hora más tarde, cuando la fiesta se dió por terminada, Terry dijo a los Herrick:

—Yo me encargo de acompañar a la señorita Sargossa a su casa...

Elena sonrió con gesto benévol...

—No me atrevo a confiársela, Terry. Es usted muy alocado guiando el auto.

—No tenga usted miedo. Hoy he traído a mi chauffeur, y él ya conoce la casa de Orquídea...

La señora Herrick le miró con aire interrogador.

—Sí... Una noche estuve en una fiesta que dió en su casa. ¡Ah, como nos divertimos aquella noche! ¿No es verdad, Orquídea?

Parecía querer comprometerla ante los ojos de aquellas buenas gentes. ¡Cómo odiaba ella a ese Terry! Pero, temiendo que una negativa complicara la cosa, aceptó la compañía de él.

Ya en el coche, Terry insistió en sus torpes pretensiones, queriendo estrechar entre sus brazos a la linda y esquiva modelo... Ella le rechazaba, violenta.

—¿Cómo podría yo saber si su enfado es sincero o fingido? —decía Terry.

A Orquídea le parecieron siglos los minutos que tardó el coche en llegar a su casa.

—Déjeme... le odio!
Saltó velozmente del automóvil y entró en su casa con tanta precipitación que impidió a Terry entrar tras ella, como pretendía el conquistador.

Pero el muchacho no estaba dispuesto a perder la ocasión oportuna, y ni corto ni perezoso levantó la persiana de una ventana baja y se coló tranquilamente en el cuarto de Orquídea, ocultándose tras un biombo.

Unos segundos después entró la joven. Aparecía fatigada. ¡Aquel antípatico hombre! Fué a desnudarse... Pero una risa irónica la hizo volver rápidamente.

—Qué sorpresa, ¿verdad? —dijo Terry, saliendo tranquilamente.

Ella quiso gritar, comprendiendo el peligro, aterrizada por la presencia de Terry.

—¡No grite! Si la oyen los vecinos, se van a escandalizar.

—¡Márchese... salga de aquí!
—Si apenas acabo de entrar... Tengo para rato... Hasta que le haya dicho muchas veces que me gusta con delirio...

Abrió los brazos para estrecharla entre ellos.

Orquídea le rechazó:

—¡Va usted a rasgar el vestido! ¡No me toque!

—¿Y qué me importa su vestido? Es a usted a quien yo quiero...

Y furioso, se lanzó a ella, apretándola contra su corazón. La joven, vigorosa, le rechazó con toda su alma y Terry vino a desplomarse, cuan largo era, al suelo.

—Le está bien empleado... y ahora váyase usted... Terry, caído de brases, estaba inmóvil.

—Levántese, le digo... salga de aquí...

Igual silencio, la misma inmovilidad.

Extrañada, Orquídea se arrodilló ante él y le sordió:

—¡Vamos, hombre!

Pero como tampoco se moviese, la joven quiso levantarle, y al hacerlo lanzó un grito de horror.

Sobre el corazón de Terry aparecía, hundido en la carne, el alfiler de brillantes que llevaba Orquídea para sostener el lazo de su vestido. Indudablemente en la lucha el alfiler quedó prendido en el traje de Terry, y al caer éste al suelo había penetrado como un estilete en su corazón.

Orquídea quedó horrorizada. En aquel momento, sonó el teléfono. Maquinalmente, ella cogió el auricular. Era Martín quien hablaba.

—Orquídea, soy Martín... La llamo para decirle que acaba de salir el periódico con mi primer artículo. No hay duda de que la serie impresionará de tal modo a los Jurados, que no se atreverán ya a absolver a una culpable de asesinato porque sea hermosa...

Ella dejó caer el aparato, sin fuerza para contestar. "Culpable de asesinato"... Sentía escalofríos de terror...

Martín, extrañado de que no le hubieran contestado, cogió el periódico y marchó a casa de Or-

quídea. Llamó repetidas veces a su habitación. ¡Nada! Acudió la patrona.

—Ha debido pasarle algo — dijo él. — Tendremos que forzar la puerta!

Con el poderoso empuje de su espalda, cedió la cerradura, y un cuadro trágico se presentó a los ojos de Martín.

—¿Qué ha pasado aquí?

Ella le miró, embobada, sin responder.

El periodista contempló horrorizado al muerto que tenía clavado en el corazón el broche de brillantes que él había visto en el traje de Orquídea. ¡Un crimen, no había duda!

Y en aquel momento se acordó de su artículo; estrujó el periódico que llevaba en las manos con profundo odio. ¡Maldita suerte!

—¡Orquídea... Orquídea! ¿por qué ha hecho usted eso?

Ella permanecía extática, como una muerta que tuviera los ojos abiertos.

**

Un mes después, Orquídea se presentaba ante los jueces. La modelo había declarado la verdad, la pura verdad. En la lucha que había sostenido para defender su honor, Terry había caído clavándose el alfiler de brillantes arrancado del vestido de ella. Pero el fiscal no era de la misma opinión, apreciando su culpabilidad.

Presidía la causa el juez Herrick, el propio padre de la acusada... Su esposa, Elena, emocionada por el relato de la joven asistía a la vista, deseando ardientemente su libertad.

Declaró la dueña de la pensión, haciendo historia de la otra visita efectuada por Terry a Orquídea... ¡Era indiscutiblemente un crimen pasional!

—Cuando abrí la puerta, la sorprendí sobre las

rodillas del señor Terry... Ella le golpeaba el pecho y hacia otras cosas peores...

—Protesto de la forma en que la testigo presta su declaración y de las reticencias que emplea — dijo el defensor.

—No ha lugar a admitir la protesta — contestó el juez.

Y siguió la causa. Declaró Odette, una de las modelos, quien defendió a su amiga, asegurando que era incapaz de efectuar aquel crimen. Explicó cómo en la fiesta a que ella concurrió, Orquídea se mantuvo siempre en los límites de una prudencia que ella consideraba exagerada...

Luego declaró el periodista Martín Innesbrock. El muchacho estaba desesperado por la publicación del maldito artículo. ¡Su pobre amada acusada inconscientemente por él mismo! Había azuzado a las fieras contra su propio corazón!

—¿Es usted el mismo Innesbrock que escribió los artículos pidiendo la igualdad de justicia para ambos sexos? — preguntó el fiscal.

—Esa pregunta es impertinente — arguyó el defensor.

—Se declara impertinente la pregunta — dijo el juez.

Martín habló.

—Tengo que declarar que yo mismo protesto contra esos artículos. Fueron escritos por afán de sensacionalismo. ¡Simple habilidad periodística! ¡No crea una palabra de lo que en ellos escribí!

Miró al Jurado y después a Orquídea, ¡Parecía pedirle perdón! La adversidad les perseguía. ¿Por qué habría escrito él todo aquello?

Orquídea, al comenzar su declaración recordó los consejos que el día anterior le diera su abogado defensor. Le había rogado vistiese su traje más elegante a fin de aparecer hermosa como nunca. Además... la falda corta, ¿entendía? El Jurado lo cons-

tituyen hombres... y usted es tan bella... Conviene que no lo disimule.

Pero ella había rechazado esos medios. Se ampararía en la verdad. Y presentóse con un modesto traje negro, sin pretensiones, la falda larga y los ojos humildes.

Explicó sencillamente lo ocurrido. Lo juraba... ella era inocente... ella no había matado a Terry... fué el alfiler que se clavó en su corazón.

Pero el fiscal, implacable, se aferraba a la idea de culpabilidad. Viéndole gesticular, Orquídea tembló, y pensó en aquel hombre que vivía con Anita, "su madre", que le amenazaba también con gesto brutal...

El defensor, en conmovedor discurso, pidió la absolución.

Y el Jurado retiróse para deliberar.

Después de larga discusión, no se ponían sus miembros de acuerdo.

—Esa joven es inocente; sería una injusticia condenarla... — decía uno.

—¡Ah, esa joven! — contestó otro—. Supongamos que en vez de una joven fuese un hombre. ¿La absolveríamos tan fácilmente? ¡Acuérdense ustedes del artículo de Innesbrock! Es muy exacto lo que en él se dice. ¡Acaso las mujeres bellas, como ésta, pueden asesinar impunemente?

¡Ay si hubiera oído aquello el periodista! ¡Su pluma, esgrimida en contra de su propio amor! ¡Qué vergüenza y qué pena!

Pero otro de los jurados habló con palabra persuasiva y clara:

—Tengan ustedes en cuenta que no está probada ni mucho menos la culpabilidad de esa muchacha; que la explicación del hecho que ella nos ha dado es más que razonable, y que nos exponemos a condenar a una inocente por el solo hecho de ser mujer.

El Jurado deliberó... Y poco después, ante la sala reunida de nuevo, conocióse el veredicto. ¡Se declaraba a la acusada inocente.

Los aplausos del público subrayaron esta declaración de la justicia popular. El juez Herrick, sonriente, declaró, desde el estrado:

—Es para mí un agradable deber el de declarar la libertad de la acusada. Ha terminado la vista.

Orquídea, llorando de alegría y de emoción, se dejó caer en brazos de la señora Herrick.

—Venga usted conmigo a casa, Orquídea... Le conviene descanso.

Fueron todos al domicilio del juez. Martín miraba emocionado a su novia. ¡Cualquier día iba él a escribir nuevos artículos! ¡No volvía a hacerlo en su vida!

Comentaban todos reunidos el éxito de la joven, cuando apareció en el umbral de la puerta un hombre groseramente vestido que se adelantó con paso tardo.

—¡Hola, Orquídea!

La modelo se apretó contra la señora Herrick, buscando protección, y dijo:

—¡Este es el hombre que solía ir a mi casa... y me aterrorizaba! ¡Por él hui de mi madre y no he vuelto a saber de ella!

El visitante, sonriendo, exclamó:

—Aquella mujer, que ha muerto ya, no era tu madre...

—¿Qué dice usted? — murmuró Orquídea.

—Aquella Anita, que tú creías tu madre, me dijo antes de morir que buscarse a la señora Herrick y le entregase esto.

Y mostró un mantón raído por el tiempo, el mantón de Ming.

Elena cogió aquella prenda. La recordó en el acto. ¡La misma... la de su hija!

—Me dijo también que les había robado la niña

a los señores Herrick... ¡Orquídea es aquella niña!

El juez y su esposa quedaron deslumbrados por la noticia. Y el visitante desapareció.

—¡Entonces... tú... Orquídea... tú... eres mi hija! — gritó la señora Herrick, con lágrimas de dolor y de felicidad.

La abrazaba contra su corazón. Su niña, su hija reconquistada... El juez se acercó, mudo de emoción, para caer en sus brazos. ¡Y él la había juzgado! ¡A su propia hija!

—Juanita, hija mía — siguió su madre—. Vas a ocupar la habitación más soleada de la casa, vacía... Esperando... Esperándote siempre...

Reía y lloraba. Y Orquídea, aturdida por la sorpresa, apenas pronunciaba palabra... ¡Ser hija de aquellos grandes señores!... ¡Martín! ¡Qué extraño era todo aquello!

Martín, casi, casi, sentía deseos de volver a escribir... No un artículo, que tan malas consecuencias le había dado, sino una novela... la novela de su novia... Mas, no: era preferible vivirla. ¡Vivirla en brazos del amor!

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de

WILLIAM BOYD

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa comedia

El Viejo Gruñón

Postal-obsequio: MAE BUSCH

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes

Precio: 30 cts.

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que los días nos llegan de números atrasados en nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,

Diarlos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barberá, 18, BARCELONA. Feraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN